

El análisis como camino del “saber arreglárselas” de la adicción a la posibilidad del síntoma

María Paula Paragis

De la metáfora a la letra: Distintas versiones del síntoma

En los inicios de su enseñanza, Lacan postula un retorno a Freud a partir de la consideración del inconsciente estructurado como un lenguaje, lo cual implica también una formulación en esta línea de lo que se entiende por síntoma. En su Discurso de Roma lo explicita en estos términos: “El síntoma es aquí el significante de un significado reprimido de la conciencia del sujeto” (Lacan, 1953, p. 270). Siendo entonces el síntoma una palabra, de la cual dirá que es *plena*, en tanto formación del inconsciente y mensaje dirigido al Otro, se entiende que la interpretación analítica se plantea como una “liberación de sentido” (Schejtman, 2013, p. 30).

Años más tarde, reformula dicha definición al concebir la operación del síntoma como propiamente metafórica: un significante que sustituye a otro, abandonando así la idea del síntoma como significante de un *significado* reprimido. Destaca, pues, la dimensión simbólica (o simbólico-imaginaria) del síntoma: “Entre el significante enigmático del trauma sexual y el término al que viene a sustituirse en una cadena significativa actual, pasa la chispa, que fija en un síntoma -metáfora donde la carne o bien la función están tomadas como elementos significantes- la significación inaccesible para el sujeto consciente en la que puede resolverse” (Lacan, 1957, p. 498). Vemos cómo cada una de estas formulaciones tiene como correlato la comprensión que se tiene sobre la interpretación, dado que si el levantamiento del síntoma permite dar acceso a lo reprimido, tanto el síntoma como la interpretación corresponden al registro de lo simbólico. En este momento de su obra se entiende que un análisis del lenguaje permitiría la completa resolución del síntoma, cuya palabra debía ser librada (Lacan, 1953b). Resulta fundamental volver a resaltar la coherencia existente entre la estructura del inconsciente y la del síntoma, en tanto hasta aquí se considera al síntoma como producto del inconsciente (Schejtman, 2013).

Posteriormente, ya a la altura del Seminario X, encontramos una distinción entre síntoma y acting out que introduce una novedad:

Tratándose del síntoma, está claro que la interpretación es posible, pero con una determinada condición añadida, a saber, que la transferencia esté establecida. [...] Lo que el análisis descubre en el síntoma es que el síntoma no es llamada al Otro, no es lo que muestra al Otro. El síntoma, en su naturaleza, es goce [...] se basta a sí mismo” (Lacan 1962-63, p. 139)

En este sentido, el síntoma ya no es concebido como un mensaje dirigido al Otro, sino que al suponer un goce que se basta a sí mismo, apunta más allá del principio de placer. Dicha cara de goce refractaria al Otro se considerará la parte esencial de la naturaleza del síntoma, “lo que no implica que a esa naturalidad no pueda sobreagregarse el artificio que el psicoanálisis promueve para volverlo interpretable... desnaturalizándolo: la transferencia” (Schejtman, 2013, p. 39). La puesta en forma del síntoma mediante el dispositivo analítico es lo que permitiría su interpretación, al comenzar a dirigirse al Otro.

A partir de aquí, Lacan comenzará a poner de relieve los efectos de goce que el síntoma comporta, entendiendo que el goce se ubica en lugar del goce imposible de la relación que no hay. Por ello, cuando se vale de la topología y la escritura nodal para pensar estas cuestiones ubica al síntoma entre simbólico y real -ya no en la intersección de simbólico e imaginario, relativa al *síntoma-metáfora*, del cual se desprendían los efectos de sentido-. Así, entonces, se introduce la concepción del *síntoma-letra*, entendido como “lo que viene de lo real” (Lacan, 1974, p. 84). Dicha noción se opone al adormecimiento de la copulación significativa (Schejtman, 2013), puesto que se trata de “lo que anda mal, lo que se pone en cruz ante la carreta, más aun, lo que no deja nunca de repetirse para estorbar ese andar” (Ibidem, p. 81). Luego, en el Seminario 22 pocos días más tarde, planteará lo inverso: “es en el síntoma que identificamos lo que se produce en el campo de lo Real. [...] Si somos capaces de operar sobre el

síntoma, esto es en tanto que el síntoma es del efecto de lo simbólico en lo real” (Lacan, 1974-75, clase 10-12-74). Más allá de esta distinción, el síntoma ya no se ubica en la última fase de su obra entre simbólico e imaginario, destacando su cara metafórica y sus efectos de sentido, sino entre simbólico y real lo cual habilita concebirlo a partir de la fijación de goce en la letra (Schejtman, 2013). Lacan se refiere a la función del síntoma en tanto función matemática: $f(x)$, en la cual la x es aquello

que del inconsciente puede traducirse por una letra en tanto que solamente en la letra la identidad de sí a sí está aislada de toda cualidad. Del inconsciente, todo Uno en tanto que sustenta el significante en lo cual el inconsciente consiste, todo Uno es susceptible de escribirse por una letra (Lacan, 1974-75: clase 21-1-75).

Como se ha mencionado anteriormente, hay concordancia en la formulación del síntoma con la concepción que Lacan tiene de inconsciente en cada momento de su obra, por lo cual en este punto ya no se trata del inconsciente-cadena significante, sino un inconsciente de Unos sueltos o *enjambre*. Esta nueva versión del síntoma en Lacan, *síntoma-letra*, viene a resaltar la distancia que se impone entre la noción de significante -que clásicamente representa a un sujeto para otro significante- y lo que se denomina letra, en la que la identidad de sí está aislada de toda cualidad. Estos Unos sueltos no hacen cadena y no quieren decir nada, se trata de puros significantes que se repiten en lo real. La letra del síntoma, entonces, es la escritura salvaje de ese Uno solo, extraído y arrancado traumáticamente (Schejtman, 2013). Por ello, “el síntoma deviene sede de una fijación [...] de un goce que es producto del trastorno que *lalengua* introduce traumáticamente en la economía corporal. [...] el síntoma es “un suceso [acontecimiento] de cuerpo” (Lacan 1975, p. 13)

A raíz de esta nueva conceptualización se produce un quiebre en lo que hasta entonces era la noción de inconsciente, puesto que la fijación de goce causa la repetición, haciendo que el síntoma se distinga de la serie de las formaciones del inconsciente: el sueño, el lapsus, el acto fallido, el chiste, se caracterizan por su fugacidad; no suponen la fijeza, permanencia y repetición que caracteriza al síntoma (Schejtman, 2013). Cabe destacar que el trabajo interpretativo del inconsciente es aquello que fuerza a la letra de goce del síntoma a convertirse en metáfora. Ello permite que eventualmente el síntoma se transforme en algo en lo que allí se cree (Schejtman, 2013), favoreciendo el vínculo transferencial. Es decir que las dos vertientes del síntoma no resulta excluyentes, sino que ambas se revelan en el abordaje diacrónico del tratamiento.

El psicoanálisis como práctica de lectura

Partiremos de la distinción que se ha hecho con respecto a la noción de síntoma, a fines de abordar el desafío que presenta el trabajo psicoanalítico con pacientes toxicómanos, para lo cual es posible servirnos de los desarrollos de J.A. Miller (2011), para pensar el psicoanálisis no sólo como una cuestión de escucha, sino también como una *lectura*.

El sensacional descubrimiento de Freud fue que los síntomas pueden interpretarse como los sueños, en función de un deseo, y que son un efecto de verdad, lo cual va en la línea planteada por Lacan con respecto al *síntoma-metáfora*. Por otro lado, el síntoma se distingue de todas las otras formaciones del inconsciente por su permanencia: “para que haya síntoma es necesario también que el fenómeno dure” (Miller, 2011, p. 5). Además de ello, resulta insoslayable la persistencia del síntoma después de la interpretación, en tanto hay allí un resto. Ya Freud se fue aproximando a esta cuestión de diversas maneras: poniendo en juego la reacción terapéutica negativa, la pulsión de muerte, hasta decir finalmente que el final del análisis como tal deja siempre subsistir lo que llamaba restos sintomáticos.

En nuestra práctica es frecuente que asistamos a la confrontación del sujeto con dichos restos sintomáticos, a lo cual actualmente se le da un estatuto diferente al que proponía Freud como final de análisis, ya que no nos detenemos ante ellos. Bajo este nombre podemos ubicar lo real del síntoma, aquello que en el síntoma es fuera de sentido. Retomando lo anteriormente mencionado en relación al *síntoma-letra*, entendemos que el goce en cuestión en el síntoma no es primario, en tanto está producido por el significante. Es precisamente por la incidencia

significante que el goce del síntoma resulta un acontecimiento y no sólo un fenómeno, ya que testimonia que hubo un acontecimiento de cuerpo, después del cual el “gocce natural” del cuerpo vivo, se trastornó y se desvió. “Este goce no es primario pero es primero en relación con el sentido que el sujeto le da, y que le da por su síntoma en tanto que interpretable” (Miller, 2011, p. 6). Tomando los conceptos de metáfora y metonimia, podemos ubicar que hay metáfora de goce del cuerpo, la cual produce acontecimiento, y es la acción del significante operando fuera de sentido. Además está la metonimia del goce, su dialéctica, en la cual se dota de significación. Retomando la cuestión de los restos sintomáticos, podríamos establecer que

debido al forzamiento que el dispositivo freudiano le impone, el goce del síntoma condesciende a pasar al campo del Otro, (pero) [...] lo hace no-todo. Si la letra del síntoma tolera la interpretación del saber del inconsciente-cadena, a la que se agrega eventualmente la del psicoanalista mismo, su sin-sentido no termina por anularse. Hay en el síntoma lo intransferible, lo ininterpretable (Schejtman, 2013, p. 65).

Según lo que propone Miller (2011), *leer un síntoma* consiste en privar al síntoma de sentido. Es esta línea la que toma Lacan al proponer el ternario Real, Simbólico e Imaginario para sustituir al aparato de interpretar de Freud, ligado al ternario edípico. Este desplazamiento de la interpretación hacia el nudo borromeo no produce sentido, sino que “el funcionamiento mismo de la interpretación cambia y pasa de la escucha del sentido a la lectura del fuera de sentido” (Miller, 2011, p.7). Este “saber leer” consiste en mantener a distancia la palabra y el sentido que ésta vehiculiza, a partir de la escritura como fuera de sentido, como letra, a partir de su materialidad. Se apunta a la materialidad de la escritura dado que la letra produce el acontecimiento de goce, el cual determina la formación de los síntomas. Volviendo a Freud, “como él partía del sentido, eso se presentaba como un resto, pero de hecho ese resto es lo que está en los orígenes mismos del sujeto, es de algún modo el acontecimiento originario y al mismo tiempo permanente, es decir que se reitera sin cesar” (Miller, 2011, p. 7).

Es interesante subrayar la importancia que reviste esa reiteración sin cesar en el contexto de la clínica con toxicomanías. En la adicción se ve claramente cómo la reiteración inextinguible del mismo Uno es lo que está en la raíz del síntoma. Esto puede ilustrarse en la muy frecuente frase del alcohólico “un vaso más”: al ser siempre el mismo Uno, éste no se adiciona, “no tendremos jamás el «he bebido tres vasos por lo tanto es suficiente», se bebe siempre el mismo vaso una vez más. Esa es la raíz misma del síntoma. Es en este sentido que Lacan pudo decir que un síntoma es un etcétera. Es decir el retorno del mismo acontecimiento” (Miller, 2011, p. 7). Desde esta perspectiva, la interpretación como saber leer apunta a la reducción del síntoma a su fórmula inicial, al encuentro material de un significante y del cuerpo, al choque puro del lenguaje sobre el cuerpo.

Del “saber arreglárselas” que remienda el nudo

Dada la enorme importancia que ha tenido la noción de *sinthome* en la última enseñanza de Lacan, ésta ha estado revestida de cierta notoriedad en los desarrollos de sus comentaristas. Si bien se destaca su riqueza conceptual, frecuentemente se ha entendido al *sinthome* en oposición a la dimensión metafórica del síntoma, considerándolo su vertiente real, o bien se ha destacado que es el producto de un análisis llevado hasta su término¹ (Schejtman, 2013). Al respecto, debemos ubicar que “el *sinthome* en sí mismo no es ni simbólico, ni imaginario, ni real” (Schejtman, 2013, p. 84) ni es preciso dirigirse al final del análisis para hallar el *sinthome*, sino que es posible encontrarlo antes, durante y después del mismo.

A partir de la estabilización del concepto en la obra de Lacan, el *sinthome* se entiende como el cuarto anillo que anuda los registros, reparando el lapsus del nudo en el lugar donde éste se ha producido, remendando la falla que produciría que los registros se suelten². Ya anteriormente, en el Seminario 22, Lacan atribuía semejante operatoria a la *nominación*, en la cual era propiamente el padre nombrante quien ejercía dicha función. Teniendo

¹ Son los reduccionismos planteados por Fabián Schejtman como “realista” y “teleológico” (Schejtman, 2008a), respectivamente.

² Resulta importante señalar que “si se modifica uno de los puntos de cruce (en el nudo), cualquiera de ellos, el resultado no es el desencadenamiento total de los anillos, sino el desprendimiento de un único eslabón y la interpenetración de los dos restantes” (Schejtman, 2013, p. 95). Ello comporta notables diferencias no sólo a nivel teórico sino a nivel de la clínica.

en cuenta que el *sinthome* remienda el punto de falla del nudo, se entiende que si el síntoma comporta cierto desenganche respecto del Otro, el *sinthome* constituye un re-anudamiento del lazo con el Otro y los otros. Puesto que conlleva cierto orden de funcionamiento, al suponer un “saber arreglárselas” con aquello que no anda, el *sinthome* clausura la vía de ingreso al dispositivo analítico (Schejtman, 2013). Si para analizarse es preciso que el funcionamiento se quiebre y que las cosas no marchen, un análisis puede iniciarse cuando el “saber arreglárselas” *sinthomático* trastabilla. Ello se debe, precisamente, a que el *sinthome* “deviene así anudamiento circular que adormece: tanto que llega a proponerse como inanalizable” (Schejtman, 2013, p. 115), ya que dicho adormecimiento nos mantiene más o menos estables y sólo será a partir de algún encuentro contingente con lo real que se produzca el despertar.

Entonces, es posible articular los conceptos de síntoma y *sinthome* del siguiente modo: Si el síntoma es aquello que viene de lo real y abre la posibilidad de una verdadera demanda de análisis, lo que se produciría para que acontezca la demanda de análisis es el pasaje del saber arreglárselas *sinthomático* al síntoma.

Si el *sinthome* es la clave de la estabilidad de la estructura, soporte del funcionamiento homeostático o dormitivo, [...] en la medida en que repara el lapsus del anudamiento manteniendo enlazados a los tres registros lacanianos y entregando al mismo tiempo una (pere)versión de la relación que no hay, el síntoma es el índice del desencadenamiento, signo de lo que no anda, testimonio de que la versión hacia el padre que el *sinthome* entrega ha fracasado (Schejtman, 2013, p. 119).

Especialmente en relación con las adicciones, acordamos con lo que establece Fabián Schejtman (2013): “Si la reparación *sinthomática* es solución, hay que decir que las hay tan funestas que obligan al analista a interponer una objeción” (p. 122), lo cual no quiere decir que pueda soslayarse el valor estabilizador que dichas reparaciones comportan. En este sentido, dado que “el análisis no consiste en que uno esté liberado de sus *sinthomes*, [...] [sino] en que se sepa por qué se está enredado en eso” (Lacan, 1977-78, clase 10-1-78).

Trainspotting: Pantalla de la hipermodernidad

A partir de lo desarrollado anteriormente, proponemos el análisis de un film paradigmático en materia de adicciones, *Trainspotting* (Danny Boyle, 1996), basado en la novela homónima de Irvine Welsh. Su título hace referencia a un término escocés que significa “buscar una vena para inyectarse droga”. La película transcurre en Edimburgo y narra la vida de cinco jóvenes amigos adictos a la heroína. La misma comienza con uno de sus personajes, Renton, quien oficia de narrador, corriendo por una calle, a la vez que su voz en off relata aquellos mandatos sociales que se espera estos muchachos cumplan: Elegir una vida, un empleo, una carrera, una familia, una maldita TV grande... y la lista continúa. Finalmente, Renton señala: “¿Por qué querría eso? Elijo no elegir la vida, elijo otra cosa. ¿Las razones? No hay razones. ¿Quién las necesita si hay heroína?”. Sus dichos resultan sumamente esclarecedores respecto a las características de la hipermodernidad, en tanto la vida se resume en una lista de objetos y mandatos a cumplir. Como respuesta a estas coordenadas de la época, Renton y sus amigos reivindican otro tipo de confianza: confianza en la heroína. Se vislumbra en ellos una característica esencial del verdadero toxicómano: posee una certeza de goce respecto de la sustancia, no hay pregunta al respecto. El tóxico funciona así como un paliativo para el malestar que genera el sistema, que deja a ellos mismos como objetos a ser consumidos por una sociedad que los aísla. Les proporciona un placer inmediato y una independencia frente al mundo exterior. Es decir que frente a la caída de lo simbólico, lo que rige en la actualidad es el objeto. En este contexto, las prácticas adictivas comportan un carácter autoerótico y unitario, presentándose como respuesta libidinal diferente al malestar en la cultura, si se quiere, que permite el aislamiento del Otro.

Precisamente, Renton evidencia el desencanto con respecto a la sociedad y el sistema, mostrando una mirada por momentos un tanto cínica de la vida. Ante esto, se procura la droga como un modo de afrontar “la infelicidad y el dolor”. Al no poseer los marcos sociales e ideales que permitirían hacer frente a las desgracias de la existencia, recurre al consumo de heroína como respuesta frente a la desolación de lo real. En este sentido es posible considerar que este modo de respuesta que encuentra Renton constituye en sí mismo un tratamiento de la

falta, de la angustia de castración, de aquel real ineludible por el mero hecho de ser hablantes. Podría decirse que este recurso es una invención del sujeto que viene al lugar de aquella falla de inicio, constitutiva. De este modo, ¿sería posible pensarlo como *sinthome*? Como ya hemos mencionado, el *sinthome* está lejos de ser aquello que se consigue al final de un análisis, puesto que hay *sinthome* antes, durante y después del mismo. Desde la lógica nodal planteada por Lacan, el mero hecho de habitar el lenguaje impide que los tres registros se anuden por sí mismos, la falla en el nudo es constitutiva. La misma puede ser reparada a partir de agregar un cuarto elemento: el *sinthome*, cuarto eslabón edípico que es “la respuesta neurótica al hecho de que no hay relación sexual” (Schejtman, 2012, p. 335).

De este modo, el *sinthome* es una invención singular que remienda e introduce algún orden de funcionamiento allí donde eso no anda. Dicho intento de tratamiento o modo de respuesta, en las toxicomanías, implica un saber-hacer de parte del sujeto, si bien se trata de una “solución” considerablemente problemática en este caso. Resulta esencial remitirnos a la diferenciación ya mencionada entre *sinthome* y síntoma: “el síntoma es lo que viene de lo real e impide que las cosas anden. El síntoma es un disfuncionamiento, mientras que el *sinthome* ya es hacer algo para que eso funcione de todos modos” (Schejtman, 2014, p.15). En cuanto a esto, resulta pertinente interrogarnos respecto de cuándo es conveniente que el analista ponga en cuestión dicho artilugio que el sujeto se ha armado para enfrentar el malestar, en qué casos apuesta a analizar para que éste pueda interrogarse, lo cual no es sin angustia. Se trata, entonces, de ver qué función tiene eso en la estructura y acompañar al sujeto en la construcción de un *sinthome* que sea más compatible con la existencia.

En este sentido, es posible tomar la escena final del film: Renton había abandonado su ciudad natal para “limpiarse”, dejar de consumir y comenzar una nueva vida. Sin embargo, sus antiguos compañeros han ido a buscarlo para ofrecerle que participe en un negocio de venta de heroína. De a poco comienzan a desbaratarle la vida de sobriedad que había conseguido. Finalmente, consiguen realizar la transacción ganando una suma considerable de dinero. Luego de celebrarlo, se dirigen todos a una habitación de hotel, donde pasarán la noche antes de repartirse cada uno su parte. Mientras todos están durmiendo, Renton toma sigilosamente el dinero y escapa. La película finaliza con un monólogo del personaje explicando: “*Es la última vez que hago algo así. Ahora voy a reformarme y dejar esto atrás, ir por el buen camino y elegir la vida. Estoy deseándolo, voy a ser igual que vosotros. El trabajo, la familia, el televisor grande que te cagas, la lavadora, el coche, el equipo de compact disc y el abrelatas eléctrico, buena salud, colesterol bajo, seguro dental...*”. ¿Será que Renton ha encontrado un saber-hacer con aquello que falla un poco más compatible con la existencia, menos mortífero? Podría aventurarse como hipótesis que algo allí de la maquinaria discursiva intenta civilizar el goce autoerótico que anteriormente se satisfacía mediante el tóxico. En cierta medida, puede pensarse que de lo que se trata para Renton es de “ser adaptado” (Schejtman, 2014, p.17) en tanto el discurso es aquello que “viene a arreglar lo que no marcha” (Ibidem, p.17), conduciendo al goce a enlazarse con el Otro.

Reflexiones finales

Consideramos que frente a los “nuevos síntomas” que han proliferado en la actualidad, el aporte que puede hacerse desde el psicoanálisis es no hacer de esta clínica una clínica del consumo, como el empuje del discurso de la época lo propone. Existen diversas corrientes terapéuticas que hacen de reglamentación de la vida, del tiempo y del goce una respuesta al consumo. Desde nuestra lectura, este tipo de tratamiento es antianalítico, porque instala a los sujetos en categorías que los tornan inanalizables, al descargarlos de la responsabilidad por sus prácticas y sus goces. Si bien excede los alcances del presente trabajo, no podemos dejar de mencionar la fórmula “no hay clínica sin ética” (Miller, 1989, p. 18) y ello en relación a lo que concierne al deseo del analista. Al preguntarle al analista “¿qué quieres obtener?” en el tratamiento de las toxicomanías, bien podría responderse que se tiene por objetivo que los sujetos encajen en el orden del mundo, siguiendo una lógica de un supuesto bienestar que subyace a los ideales comunes de la sociedad. Sin embargo, “el análisis se presenta, respecto de las normas sociales, con un cierto carácter asocial” (Miller, 1989, p. 18), justamente porque no opera allí del modo que impone la moral social o el

ideal de salud. Así, vía la intervención del analista se intentará que se desplieguen las coordenadas significantes que marcan la vida del sujeto, permitiendo ir situando la función que cumple el tóxico en su subjetividad. Desde esta perspectiva, el acto analítico se opone a la lógica capitalista, ya que brega por devolver a los sujetos algo de su singularidad, de su verdad, ofertando un espacio de escucha y de puesta en valor de la palabra, en oposición a un contexto epocal que empuja hacia la masificación y homogeneización de los modos de gozar mediante una metonimia vertiginosa de imágenes, signos y proliferación de objetos ofertados en forma incesante por el mercado.

Bibliografía

- Lacan, Jacques (1953) "Discurso de Roma", 26-9-53, en *Otros Escritos*, Buenos Aires: Paidós, 2012.
- Lacan, Jacques (1953b) "Función y campo de la palabra y el lenguaje" en *Escritos 1*, México: Siglo Veintiuno, 1984.
- Lacan, Jacques (1957) "La instancia de la letra en el inconsciente o la razón desde Freud" en *Escritos 1*, México: Siglo Veintiuno, 1984.
- Lacan, Jacques (1962-63) *El seminario. Libro 10: La angustia*, Buenos Aires: Paidós, 2006.
- Lacan, Jacques (1974) "La tercera" en *Intervenciones y textos 2*, Buenos Aires: Manantial, 2001.
- Lacan, Jacques (1974-75) *El seminario. Libro 22: RSI*, inédito.
- Lacan, Jacques (1975) "Joyce el síntoma II", 20-6-75. En *Uno por Uno, Revista Mundial de Psicoanálisis* (edición latinoamericana), n° 45, 1997.
- Lacan, Jacques (1975-76) *El seminario. Libro 23: El sinthome*, Buenos Aires: Paidós, 2006.
- Lacan, Jacques (1977-78) *El seminario. Libro 25: El momento de concluir*, inédito.
- Miller, J. A. (1989) *Dos dimensiones clínicas: síntoma y fantasma*. Ediciones Manantial.
- Miller, J. A. (2011) *Leer un síntoma*. Recuperado de <http://ampblog2006.blogspot.com/2011/07/leer-un-sintoma-por-jacques-alain.html> .
- Naparstek, Fabián (2010) *Introducción a la clínica con toxicomanías y alcoholismo III*, Buenos Aires: Grama Ediciones.
- Schejtman, Fabián (2012) "Encadenamientos y desencadenamientos neuróticos: inhibición, síntoma y angustia" en *Elaboraciones lacanianas sobre la neurosis*, Buenos Aires: Grama Ediciones.
- Schejtman, Fabián (2013) *Sinthome: Ensayos de clínica psicoanalítica nodal*, Buenos Aires: Grama Ediciones.
- Schejtman, Fabián (2014) "Edward Scissorhands, un nombre del padre" en *Ética y Cine Journal*, Volumen 4, Número 2. Versión digital: <http://journal.eticaycine.org/Edward-Scissorhands-un-nombre-del>